

Ana Alonso

La senda escondida

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2015

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2015
© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2015
© De las fotografías de cubierta: Thinkstock/Getty Images
© De las fotografías de las fichas: Grupo Anaya
(6x6 Producción Fotográfica; Cosano, P.;
Hernández Moya, B.; Muñoz, J.C.; Ortega, Á.;
Peña Tejera, G.; Rico, J. J.; Rivera Jove, V.; Sánchez, J.)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.pizcadesal.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-7123-4
Depósito legal: M-1447/2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La senda escondida

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

CAPÍTULO 1

Mientras ordenaba sus cosas en el rincón de la tienda de campaña que le había correspondido, Paula tuvo que detenerse un momento a cerrar los ojos y respirar hondo.

¿Qué estaba haciendo allí, exactamente? No le gustaban los deportes de aventura. No le gustaban tampoco el resto de los deportes. Odiaba los mosquitos, las hormigas le daban asco, y las abejas miedo. También le daban miedo las películas de fantasmas, las personas desconocidas que gritaban en la calle, algunos videojuegos y la oscuridad. Y no era muy buena haciendo amigas.

Después de tres respiraciones lentas y profundas, Paula abrió los ojos. Sacó de su pantalón una hoja de cuaderno cuidadosamente doblada donde había escrito nueve razones para convencer a sus padres de que la inscribieran en un campamento. Había intentado encontrar una décima razón para que la lista quedase mejor, pero no se le había ocurrido ninguna que no sonase demasiado forzada.

Las nueve razones que había escrito en su lista eran estas:

1. El calor de Madrid me agobia mucho y en la sierra hace menos calor.

2. Los campamentos son buenos para trabajar la autonomía personal (siempre decís que eso es importante).

3. Los campamentos te permiten conocer a niños de otros lugares y hacer amigos. Esto es bueno, especialmente si eres hija única.

4. Los campamentos te ayudan a vencer tus manías y ser más tolerante (siempre me decís que tengo que luchar contra mis manías).

5. En un campamento tienes que acostumbrarte a comer de todo.

6. Los campamentos te obligan a hacer senderismo y practicar deporte aunque no te guste.

7. Hay muchos campamentos en los que además puedes practicar inglés.

8. Un campamento es un desafío: y para convertirse en una persona madura hay que aprender a enfrentarse a los desafíos (mamá, esta frase es tuya).

9. Un campamento es la mejor solución cuando tus padres están los dos trabajando y no pueden dedicarte casi nada de tiempo durante las vacaciones.

Paula sabía que la última razón de su lista era la que más había impresionado a sus padres. Les había

hecho sentirse culpables, y había resultado decisiva para que, al final, aceptasen inscribirla en el primer turno de julio del «Gran Campamento Multiaventura, Ciencia e Inglés de El Castillar», que se desarrollaba en el pueblo de Cantalojas, en la sierra de Ayllón, en Guadalajara.

Pero acababa de llegar y ya empezaba a arrepentirse. ¿Por qué había insistido tanto en que le permitiesen ir? Ni siquiera quería estar allí. Se había empeñado en lo del campamento porque era un reto, y al mismo tiempo un sueño, pero un sueño aterrador, de esos en los que de repente sientes que las cosas se escapan de tu control y te gustaría despertar, pero sabes que no está en tu mano. Un sueño que en cualquier momento puede transformarse en una pesadilla...

En realidad, la pesadilla ya había comenzado. ¿Cómo había podido pensar en algún momento que iba a ser capaz de compartir el diminuto espacio de la tienda con otras tres chicas a las que no había visto en su vida? No iba a poder con ello. Solo de pensarlo le entraba un picor insoportable en los bronquios, como cuando estaba a punto de darle un ataque de asma.

—¿Estás bien? —le preguntó una niña rubia y pecaosa que compartía la tienda con ella, y que se llamaba Nerea.

Las otras dos, Jimena y Adriana, se habían hecho amigas en los dos primeros minutos después de conocerse, y ahora estaban viendo un vídeo juntas en el móvil de Adriana, fuera de la tienda.

—Sí, gracias —contestó Paula, después de tomar aire por la nariz y expulsarlo muy despacio por la boca—. Es que soy asmática.

—¿Eso es contagioso? —preguntó Nerea con cara de asco.

—No, no es contagioso —contestó Paula—. ¿Cómo va a ser contagioso? Es una especie de alergia.

—Ah, bueno... Porque si fuera contagioso, pediría un cambio de tienda —dijo Nerea con una sonrisa.

«Encima de ignorante, egoísta», pensó Paula.

Se fijó en los pantalones rosas de Nerea y en su camiseta de unicornios. No iban a ser amigas, estaba segura.

Sabía que, si estuviese allí su madre, le diría que se estaba dejando llevar por sus prejuicios, y que no hay que juzgar a la gente al primer golpe de vista. Pero su madre no estaba allí; no volvería a verla al menos en quince días. En cambio, a Nerea tendría que verla a todas horas, pensó Paula. Y lo peor era que parecía la menos desagradable de las tres compañeras de tienda que le habían tocado.

Adriana, la chica del móvil, asomó en ese momento la cabeza por la abertura de la tienda.

—Tenéis que venir, que es la hora de ir a apuntarse a los talleres. ¡Hay uno de pulseras y otro de maquillaje! —anunció en tono entusiasta.

—¿En serio? Me apunto a los dos —contestó Nerea—. ¡Vamos, Paula!

Paula salió detrás de las dos chicas hacia la explanada de hierba que había en el centro del campamento. Allí se habían congregado ya casi todos los participantes. Los monitores, con camisetas verdes que llevaban el logotipo blanco de la empresa organizadora (una montaña en forma de triángulo y una silueta de un niño tan alto como la montaña) estaban sentados tras las mesas de inscripción para los distintos talleres.

Paula contó las mesas: había once en total.

—¡Pulseras! ¡Pulseras! —se puso a gritar Nerea con voz de niña chica al distinguir la cartulina que indicaba ese taller sobre una de las mesas—. Vamos a apuntarnos.

—Vete tú, a mí no se me da bien hacer pulseras —contestó Paula—. Si no te importa, voy a echar un vistazo a los otros talleres, a ver si encuentro algo.

La otra la miró un instante con la boca entreabierta; pero enseguida reaccionó, se dio media vuelta y corrió a unirse a la cola que ya se había formado frente a la mesa del taller de pulseras.

Paula se encogió de hombros.

—Mejor —murmuró—. A ver qué más hay...

Comenzó a pasearse de una mesa a otra. Alrededor de casi todas había ya un tumulto de niños y niñas interesados en apuntarse. Multiaventura, Cocina, Orientación, Maquillaje, Fotografía, Pintura, Experimentos...

Paula estaba a punto de situarse en la pequeña cola que se había formado ante la mesa del taller de ex-

perimentos, cuando le llamó la atención la mesa de al lado, que estaba completamente vacía. Decidió acercarse a mirar.

La cartulina que había sobre la mesa ponía: «Botánica».

Paula echó una ojeada con disimulo a la hoja que el monitor tenía preparada para apuntar a los posibles participantes. De momento, no había nadie inscrito.

—¿De qué va el taller? —preguntó.

El monitor la miró con una sonrisa esperanzada.

—Pues es sobre las plantas. Sobre reconocer distintas clases de plantas, ir de excursión y aprender a distinguirlas... Todo eso.

—¿Lo vas a dar tú? —quiso saber Paula.

—No, yo soy el de Piragüismo. La chica que da el taller no ha llegado todavía, viene esta tarde desde Madrid. Pero me han dicho que es un genio —añadió rápidamente.

Eso de que el taller fuese a darlo una chica le gustó a Paula.

—Quiero apuntarme —dijo.

—Vale. ¿Cómo te llamas?

—Paula Chozas Garralón.

El chico escribió el nombre, pero antes de apuntar el primer apellido levantó la cabeza y se quedó mirando a Paula con aire dubitativo.

—Eso sí, me han dicho que os avise de que el que se apunte a este taller no tendrá tiempo para participar



en ninguno más, porque las rutas que hay que hacer por el hayedo de Tejera Negra llevan bastante tiempo.

—No me importa —aseguró Paula, encantada.

En ese momento se dio cuenta de que había dos chicos algo mayores que ella justo detrás.

—Nosotros también queremos apuntarnos —dijo uno de ellos, el más alto.

—Julen y Brais. Somos hermanos —añadió el otro—. Él es Julen, yo Brais.

—Muy bien. ¿Cómo os apellidáis? —preguntó el monitor.

—Yo me apellido López Arregui —dijo Julen.

—Y yo Rivas Beira —dijo Brais.

El monitor levantó la vista de su papel.

—Pero ¿no habéis dicho que sois hermanos? —preguntó, perplejo.

—Es un poco difícil de explicar —contestó Julen—. Somos hermanos, pero no tenemos ni el mismo padre ni la misma madre.

—Mi padre está casado con la madre de Julen. Por eso somos hermanos, bueno, hermanastros —aclaró Brais.

—Y las plantas son lo nuestro —añadió Julen—. Nuestros padres son biólogos. Se conocieron haciendo senderismo en los Pirineos, poco después de que mi padre muriera. Mi padre verdadero, quiero decir.

—Mi madre no está muerta. Mi madre verdadera, quiero decir —explicó Brais—. Pero vive en Bélgica. Yo

voy todos los veranos. Este año voy en agosto, y también viene Julen.

—Está bien —dijo el monitor, abrumado con tanta información—. ¿Me repetís los apellidos?

Los chicos repitieron sus apellidos completos mientras Paula los observaba de reajo. Los dos eran bastante guapos, aunque distintos. Julen era más alto, y su pelo y sus ojos eran oscuros. En cambio, Brais tenía el pelo más claro y los ojos azules.

—Pues ya está —concluyó el monitor cuando terminó de escribir en la lista—. Si queréis, podéis seguir echando un vistazo a los otros talleres. Dentro de media hora avisarán por megafonía para la merienda... Buenas tardes, ¿buscas a alguien? —preguntó el monitor mirando a una chica muy maquillada que se acababa de acercar a la mesa, balanceándose en precario equilibrio sobre sus altísimos zapatos de tacón.

La chica sonrió. Tenía unos expresivos ojos verdes y una melena rubia con mechas. Una melena muy extraña, porque a pesar de que soplabla una ligera brisa sobre la explanada, a ella no se le movía ni un solo pelo.

—¿Estos son mis chicos? ¿Y no se ha apuntado nadie más? —preguntó, mirando la lista—. Bueno, casi mejor. Y por cierto, si se apunta algún otro, cierra la inscripción. Cuatro es el número máximo de participantes.

—Pero a mí nadie me había informado de eso. Me dijeron que el máximo era nueve —dijo el monitor, le-



vantándose de su silla de plástico—. Espera, a no ser que tú seas...

—Soy Mónica, sí, la monitora del taller de botánica. Al final he podido llegar a tiempo. Y estoy encantada de conoceros —añadió, sacando de su elegante bolso unas enormes gafas de sol—. Nos lo vamos a pasar fenomenal en el taller, ¿verdad, chicos? Por cierto, ¿sabéis algo de plantas? Porque yo no tengo mucha idea. Más bien ninguna. En realidad, el campo siempre me ha dado un poco de asco. Pero me gustan los retos, y espero que a vosotros también. Para eso sirven los campamentos, ¿no? Superar retos, aprender unos de otros... ¡Para eso estamos aquí!

La senda escondida

Es el primer año que Paula acude a un campamento de verano, y tiene miedo de no adaptarse. Pero estos temores se le olvidarán cuando conozca a Julen y a Brais, sus compañeros en el taller de botánica. De la mano de su monitora Mónica, los tres se embarcarán en la búsqueda de un tesoro escondido en un bosque durante la guerra de la Independencia, pero para encontrarlo tendrán que aprender a distinguir los distintos tipos de árboles.

Con este libro aprenderás...

A distinguir las especies de árboles más comunes de nuestro país.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 10 años



1589038

ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com